

LUC BOLTANSKI y ÈVE CHIAPELLO: *Le nouvel esprit du capitalisme*. Gallimard, París, 1999. 843 páginas.

En este trabajo de Luc Boltanski y Ève Chiapello se aborda la cuestión de la posibilidad de que hayamos asistido a una mutación en el «espíritu del capitalismo», un cambio profundo del que apenas somos conscientes pero que se encuentra en la base de numerosos fenómenos de desestructuración contemporáneos y en particular de la imposibilidad para articular una crítica coherente al capitalismo triunfante.

El trabajo se enmarca dentro del ámbito de la sociología industrial y se encuentra en íntimo contacto con investigaciones anteriores de ambos autores. Así, la carrera de Luc Boltanski ha estado marcada por el estudio, dentro de la sociología industrial, de las estructuras de poder social, prestando especial atención a la formación de cuadros como grupo social<sup>1</sup>. Por su parte Ève Chiapello ha dedicado su atención al estudio de la relación entre ideología y organización, con especial atención al ámbito cultural<sup>2</sup> y, de un modo más concreto, al ámbito artístico<sup>3</sup>.

En este libro se ofrece una respuesta a la indigencia intelectual crítica en la que nos encontramos desde la perspectiva de un cambio en la mentalidad del capitalismo. Parten para ello de una constatación: el capitalismo prospera

pero a la vez la sociedad se degrada, crece la tasa de beneficio al tiempo que crece la exclusión. Los fenómenos de degradación de los salarios en EEUU, el crecimiento del paro en Europa, los crecientes problemas de integración, la mendicidad incluso entre los jóvenes, conforman un panorama contemporáneo ineludible y que desempeña un papel importante en la representación de la sociedad a través de su irrupción en el espacio público.

Pero se podría decir que eso no es nuevo, que ya ha existido antes. Lo que sostienen Boltanski y Chiapello es que con ello se ha roto el «compromiso con las clases medias» alcanzado en la posguerra. Elemento esencial de ese compromiso era un camino vital marcado por la seguridad y representado por varios hitos: diploma-carrera profesional-retiro. Este seguro itinerario de clases medias ha sido revocado; lo nuevo es que la desestructuración ya no afecta de modo único a los grupos tradicionales como inmigrantes, mujeres o incapacitados. La inquietud por el porvenir ha alcanzado a las clases medias y se manifiesta en el escepticismo sobre la capacidad para mantener el nivel económico medio y en la inseguridad de los padres sobre la posibilidad de que sus hijos puedan mantener el mismo nivel de vida que con ellos.

Paralelamente la sensación de inseguridad crece, la violencia en las ciudades, especialmente en los guetos, es manifiesta y cada vez está más presente. Las familias se ven paulatinamente debilitadas como marco de integración, en consonancia con la evolución del capitalismo: la búsqueda de una flexibilidad máxima en la empresa se enfrenta a la familia como factor de rigidez temporal y geográfica, y en muchos ca-

<sup>1</sup> L. Boltanski, *Les Cadres, la formation d'un groupe social*, Ed. Minuit, 1982; y *The making of a class. Cadres in french society*, Cambridge, 1987.

<sup>2</sup> E. Chiapello, «L'influence des facteurs idéologiques sur la gestion des organisations culturelles: une comparaison France-Angleterre à la lumière des années Thatcher», n.º 457/1993, Cahier de Recherche du Groupe HEC.

<sup>3</sup> E. Chiapello, «Les organisations et le travail artistiques sont-ils contrôlables?», *Réseaux*, 86, (november-december 1997).

nos habrá que optar, ya que para la buena adaptación al trabajo es necesaria la movilidad en la vida afectiva.

Nos encontramos ante una situación de riesgo de quiebra real, pues un sistema que no sabe satisfacer a las clases en las que se apoya corre peligro.

Y sin embargo, ante tal panorama, la crítica es prácticamente inexistente o recurre a formas obsoletas y a viejos esquemas de análisis inadaptados a la realidad. Lo que contribuye a que peligre el sistema por falta de referencias críticas que le indiquen hacia donde cambiar para restaurar un apoyo que pierde aceleradamente. La crítica social está totalmente desarmada como no lo había estado desde hace un siglo. La respuesta que se propone a este capitalismo expansivo reorganizado no pasa más allá, en el mejor de los casos, de la indignación y de la denuncia del «pensamiento único» sin proponer alternativas, y en el peor de los casos se contenta con una actitud fatalista hermanada con la resignación.

Hoy, la situación es absolutamente la contraria de la que se daba a finales de los años 60. Entonces el capitalismo bajaba su ritmo de crecimiento y rentabilidad y la crítica se encontraba en su momento de apogeo, se proclamaba la liberación en todos los ámbitos, en todas las esferas de la existencia. Esta crítica tenía dos caras, y esto, como veremos, es fundamental en este trabajo: la primera cara era la tradicional «crítica social», en la que se reivindicaban mejoras de las condiciones de trabajo, mejoras salariales, mayor seguridad en el empleo, etc. Y en segundo lugar se daba una «crítica artista», centrada en la importancia de valores no tradicionales (las resonancias de Inglehart son aquí claras); esta crítica artista iría orientada al desarrollo de la persona integralmente, se centraría en la creatividad, el placer, la imaginación... en definitiva, la liberación absoluta de la persona.

Hoy nos encontramos en el extremo contrario: el capitalismo en franca expansión y la crítica reducida a la nada pese a que, como hemos visto, hay pocas razones para la satisfacción. Desde esta constatación los autores tratan de comprender cómo se ha llegado a esa neutralización de la crítica, sobre todo desde finales de los 70, dejando el campo libre a la reorganización del capitalismo, y cómo es posible que los actores del 68 se encuentren cómodamente instalados en este modelo. ¿Qué ha cambiado dentro del capitalismo para que esto sea posible?

A partir de su experiencia en trabajos anteriores sobre cultura de cuadros y sobre la imbricación entre lo artístico como crítica y el control social pretenden mostrar cómo, en la raíz de esta situación, se encuentra un cambio en los valores del capitalismo, en su cultura, en lo que denominan weberianamente «el espíritu del capitalismo». El matiz weberiano no es neutral ya que hace alusión a que, para estos autores, como para Weber, el capitalismo no es simplemente un sistema económico aséptico y sin implicación en los demás ámbitos sociales, al contrario, el capitalismo necesita un espíritu, en alguna medida lo crea reactivamente a la crítica que sufre, y eso mantiene su aceptación general. Pues bien, la tarea primordial de este libro es reflejar los contornos de ese nuevo espíritu del capitalismo, y ello a partir del estudio de los textos de *management* que nutren a los directivos y a los cuadros de empresas, y que a partir de ahí se constituyen como substrato normativo del propio capitalismo. Esto se manifiesta claramente en el hecho de que es raro el texto de *management* que no reclame una «ética de los negocios» como parte importante del éxito en la empresa.

La conclusión a la que llegan, tras la revisión de estos trabajos, es que desde

mediados de los años 70 el capitalismo ha renunciado al modelo fordista de organización jerárquica para configurar una nueva organización en red que se caracteriza por nuevos valores centrales: flexibilidad, autonomía relativa de los actores y grupos, iniciativa, trabajo en red, importancia de la innovación constante, creatividad, confianza, etc., que se ubican desde ahora en el núcleo de la cultura de empresa. Hemos asistido por tanto a una reorganización del capitalismo. Lo relevante es que tales valores apuntan a una especie de desarrollo o reconocimiento del individuo en el ámbito laboral, donde, desde ahora, todas sus facultades deben desplegarse de cara a una producción focalizada (también aquí se invierte la pirámide jerárquica) sobre el cliente.

Así pues, la literatura de formación de cuadros y su mensaje normativo en los años 90 encierra ideales, propuestas de organización y modelos tan diferentes de los dominantes en los años 60 que es evidente que el capitalismo ha cambiado ampliamente de espíritu. Y llegamos así al núcleo del trabajo, ya que Boltanski y Chiapello entienden que esta adaptación se ha producido en gran medida como respuesta a las críticas que sufrió y a la necesidad de ampliar su apoyo; dicho de otro modo, esas críticas marcaron el camino por el que debía cambiar si quería mantenerse.

Así, de las cuatro fuentes de «indignación» tradicionales que caracterizan —como vimos— bajo las rúbricas de «crítica social» (egoísmo y desigualdad) y «crítica artista» (falta de libertad y falta de autenticidad), podemos ver cómo el *neomanagement* se articula como respuesta a la «crítica artista» y deja de lado las cuestiones de desigualdad y egoísmo, incluso atacando la capacidad de movilización social y articulación de estas demandas. Así se establece un hiato entre estas dos esferas y

el sistema es capaz de ampliar su base de apoyo reformulándose al satisfacer una amplia serie de demandas reales. Lo que le permite, a su vez, acometer la «deconstrucción del mundo del trabajo» en el otro ámbito (el de la crítica social) y que se ha traducido en la desindización, la crisis del modelo de clases sociales, la desmovilización, etc.

A resultas de todo ello se producen dos consecuencias, una práctica y otra de calado más teórico: en el ámbito práctico, de actuación, se produce un despliegue de la capacidad de actuar contra la miseria a través de la caridad o de la acción humanitaria directa, sobre casos concretos, sin modelo general o amplio y sin cuestionar el sistema (lo que a estas alturas también debemos traducir como «sin dar referentes de cambio al sistema»). En el ámbito teórico se ha traducido en un abandono de las aproximaciones «macro» y un repliegue sobre el microanálisis característico de una perspectiva posmoderna en la que no se configura realmente ninguna alternativa.

De este modo la crítica ha contribuido a adaptar el capitalismo satisfaciendo una parte de las demandas que se le formulaban. No obstante si la reformulación del capitalismo ha podido atraer lo que tiene de excitante, creativo, innovador y «liberador» y ha permitido, en un primer momento, compromisos esencialmente individuales, eso ha ido de la mano, como vemos hoy, de la exclusión de los que no han sido capaces de adaptarse al nuevo esquema, de la pobreza y de la desigualdad, de la incertidumbre... y le aboca a un nuevo momento de crisis, pero, esta vez, no tiene enfrente una crítica que le sirva de referencia y le indique el camino de cambio. La crítica artista se encuentra en crisis, como hemos visto, por su éxito relativo y la crítica social, también lo hemos visto, por su incapacidad para superar viejos esquemas y construir una alternativa

movilizadora y una interpretación global más allá del repliegue «micro» que, por definición, no se puede articular como respuesta general.

Sólo en una nueva articulación de

ambas esferas se podrá superar el momento actual y de ello puede depender la estabilidad del propio sistema.

MIGUEL ÁNGEL SIMÓN GÓMEZ